

Sección 1

Problemas evolutivos

Escuela de Padres PM
LAB. 1 - 06

(en esta sección trataremos siempre problemas educativos considerados desde el punto de vista evolutivo, propios y específicos de una edad determinada)



Un juego para cada edad

Cierto día llego a casa, de regreso del trabajo. A medida que subo las escaleras —vivo en un segundo piso— me sorprende el silencio. Esperaba oír los gritos de mis cuatro hijos como de costumbre. Es extraño, demasiado tarde para que no hayan vuelto del colegio y muy temprano para que estén ya acostados. Abro la puerta y nadie viene a recibirme: ni atropellos, ni carreras, ni gritos. Sin embargo allí están todos en la sala, no cuatro, sino seis. "¡Mira Rosita! ¡Esta es Rosita!", dicen los niños a coro.

Rosita es una niña de 9 años, resulta ser una vecinita que ha venido con su hermano Carlos, seis años menor que ella, a jugar con mis hijos. Pasa la primera sorpresa. De momento se paralizó el juego. En seguida Rosita organiza a todos los niños. Yo me sentí como un extraño que irrumpe en un mundo que no es el suyo. Me acurruco en un rincón de la sala tratando de que mi presencia pase lo más desapercibida posible.

Rosita: "Tú, Marisita acuna bien a tu muñeca que tiene frío y está llorando. Teté, termina de bañar a tu hijita que se te va a dormir en la bañera. Tú, Agustín no hagas mucho ruido con la escoba. Y tú, Carlitos, me bajas a la tienda a comprar leche, que se me ha terminado". Todos obedecen, cada uno toma en serio su papel.

Rosita es el ángel guardián de Carlitos. Solos con unos tíos, mientras sus padres trabajan en Inglaterra; ella es la madre, la hermana mayor, la maestra, la psiquiatra de Carlitos. Un niño agresivo, caprichoso, mimado, en compensación de la ausencia afectiva de los padres, Rosita, lo guía, lo entretiene, lo aconseja. Tiene sobre él un dominio y un control que a mí me deja sorprendido y fascinado.

Rosita en este día y cada vez que viene a casa a jugar con mis hijos me enseña lo que no he podido aprender en todos mis estudios y lecturas de psicología infantil. Ella sabe en qué momento ha de cambiar de juego, qué oficio y juguete es el apropiado para cada niño, cómo convencer a Marisa para que ceda una mantita a Mónica, cómo poner paz entre las disputas y peleas de Agustín y Carlitos. Posee el don de la persuasión: "¿Verdad que tú Carlitos eres bueno y deseas que Agustín juegue un rato con tu camión? Mientras tanto tú me vas a un recado". Y Carlitos, de suyo mimado y caprichoso, presta gustoso a Agustín su camión (una caja de zapatos atada a un cordel que Rosita le preparó).

Desde entonces Rosita es también el ángel de nuestra casa, de nuestros cuatro niños y la gran maestra mía. Desde aquel día aprendí a jugar con mis hijos y hoy los comprendo mejor, aunque ignoro todavía si los comprendo más, porque juego con ellos, o si juego con ellos porque los comprendo mejor.

El juego es el lenguaje del niño

"Si no os hicierais como niños..." Nosotros intentamos comunicarnos con nuestros hijos a través de un lenguaje social adulto. Si el niño no responde satisfactoriamente a nuestros estímulos, inmediatamente ceñimos el entrecejo y nuestro lenguaje se vuelve más duro, amenazador. El niño, atónito, aturdido frente a la tempestad, termina por romper a llorar. La respuesta impotente del niño que se siente amenazado sin comprender por qué.

Los adultos manifestamos frecuentemente una incapacidad y una falta total de inteligencia al comunicarnos con nuestros hijos. El lenguaje del niño es desarticulado, comprometido, directo y profundo, vinculado con los impulsos y necesidades más íntimos. Las respuestas iniciales son muy contadas y van unidas a estimulaciones biológicas; a medida que el organismo se desarrolla se amplía el campo vivencial y con él también el número de respuestas que se organizan en grupos dife-

fantil— cobra matices diferentes. A las cuatro semanas una madre sabe distinguir por el tono de esta manifestación del niño si el estímulo es hambre o incomodidad.

Pues bien, las experiencias y manifestaciones lúdicas son un valioso intermedio entre el lenguaje infantil y la forma estructurada, específica y altamente diferenciada del lenguaje adulto. Erickson, después de una larga serie de estudios y experimentos sobre los juegos infantiles, afirma que ellos ofrecen al niño modos de comunicación directos, no verbales, como señalamos antes, y sostiene que si llegamos a descubrir el lenguaje del juego estaremos en condiciones de entender el mundo interno y deslumbrado del niño y comprender sus conflictos y reacciones, y otros muchos interesantes aspectos de su personalidad.

(El Dr. Kubie señala a este respecto que "el lenguaje de la infancia se fusiona y cambia continuamente. Consiste en expresión, sonido, gesto y acción mucho antes de que aparezca el lenguaje organizado, y éste mismo no significa para el niño las mismas cosas que para el adulto... Se podría enseñar a los adultos a hablar con los niños y a darse cuenta de lo que éstos entienden y también de lo que entienden mal, en lo que los adultos les dicen y les hacen... Si en esta forma pudieran establecerse entre el adulto y el niño medios de comunicación y de comprensión mutua, sería posible traer a la superficie, para una saludable ventilación, gran parte de lo que ahora está enterrado en los procesos inconscientes...").

Los adultos comprenderán los peligros y las frustraciones del mundo físico en que vive el niño, el derecho de éste a sentir, aun cuando no puede actuar, su derecho a explorar, sin culpa ni vergüenza, sus propios impulsos agresivos y libidinosos en la relación con sus hermanos y los compañeros de juego.

Aceptarán el derecho del niño a sus fantasías; y podrán apreciar la significación de estas fantasías y mantener así constantemente abierto este camino de contactos entre los niveles conscientes e inconscientes de la personalidad. La meta no es la eliminación de los problemas ni la eliminación del conflicto, sino más bien capacitar al niño para vivir sus dificultades a la plena luz de la conciencia.

Un juego para cada edad

Hoy ya estamos habituados a ver en las farmacias, y tiendas, juguetes didácticos para edades concretas. No es fácil ni conveniente marcar límites demasiado precisos; ya que no todas las capacidades se desarrollan al unísono en todos los chicos. En este aspecto conviene tener como regla de oro el no forzar nunca a los niños a un determinado juguete o juego. Dejar paso a la naturaleza espontánea del niño que con frecuencia está más capacitada para acertar, que la sabiduría de los adultos.

Hace unos días me contaba una mamá que había intentado enseñar a armar a su hija de cuatro años y medio un puzzle de los que obsequian algunas casas comerciales. La niña, después de dos intentos se lo devolvió a su madre: "Guárdalo, yo ahora no sé".

Desde luego son difíciles para niños, incluso de siete años, pero puede comenzarse ya desde los tres a jugar con rompecabezas caseros y muy sencillos. No hay más que pegar una imagen de vivos colores a una cartulina de 20 x 30 cm. y luego cortarla en trozos geométricos: triángulos, rectángulos, semicircunferencias...

Gracias a los adelantos de la psicología evolutiva podemos conocer hoy las preferencias lúdicas de los niños y saber qué juguetes son los apropiados para la edad y temperamento del niño.

Mónica se pone a jugar

La primera infancia abarca desde el nacimiento hasta los tres años.

El crecimiento del niño es estimulado por las experiencias en relación con el mundo circundante. Despierta del "sueño" y la oscuridad del útero equipado para responder a las necesidades más apremiantes. Sus ojos se abren a un mundo lleno de luces y de colores, ante el cual sus impulsos básicos se van adaptando con entusiasmo a través del juego. Todas las sensaciones que le brinda su mundo "primordial" —cuando éste es preponderantemente positivo— son gozosas y preñadas de resonancias emocionales: la alimentación, el baño, las palabras cariñosas de la madre, sus canciones. A esta edad el niño es una esponja que está abierta a todo en la medida de sus posibilidades.

Según Piaget corresponde al primer estadio (hasta las 24 semanas) la repetición de asimilaciones puramente reflejas como chupar, mover las manos y coordinar sus movimientos: movimientos inseguros, simples que se bastan por sí mismos y no buscan ni pretenden nada sino el simple placer del movimiento. En sucesivos estadios, estos movimientos van adquiriendo seguridad y orientándose hacia objetos, sin diferenciación (rostro, pies, chupetes, sonajeros), como cosas que forman parte de sí. Apresarlos, moverlos, apartar cosas que se interponen, etc., juegos de balbuceos, intentos de repetir sonidos.

Los sentidos próximos (tacto, oído, gusto, olfato) se desarrollan más y tienen más influencia. A partir de la segunda semana empieza a desarrollarse la visión. En esta etapa le gusta que lo cojan en brazos, oír música y canciones suaves, en tono grave, objetos de colores colgados en la cuna, cintas, que luego podrá tocar y mover con manos y pies.

De los tres a los seis meses el niño es capaz de tocar, mover objetos; pueden ensartarse una serie de objetos inofensivos: bobinas de hilo vacías, cucharitas de plástico en colores, cascabeles, campanitas. Trozos de tela, esponjas, muñecos de tela rellenos de trapos viejos, etc. Esto le sirve tanto para la silla como para el parque. Llevarlos frente al espejo para verse a sí mismos y para mirar al papá o a la mamá.

De seis a nueve meses el niño dedica más tiempo al juego (50 minutos diarios) y adquiere nuevos adiestramientos, sobre todo soltar objetos y arrojarlos. Se enriquece el plano de visión de las cosas al cambiar la postura horizontal por la sedente.

A Mónica le encantaba que jugaran con sus manos golpeando suavemente una contra otra y cantando:

Palmitas, palmitas
Que viene papá
Me trae un gatito
Que hace: ¡Miau, miau!

o jugar con los dedos de la mano:

Este niño (dedo meñique) compró un huevito
Este (dedo anular) lo pudo asar
Este (dedo medio) le puso la sal
Este (dedo índice) lo probó
¡Y este perro goloso (dedo pulgar) se lo comió!

La edad de los accidentes

Las mamás no dejan de ponerse nerviosas cuando el niño comienza a gatear y a ponerse de pie (de 8 a 12 meses). Se deja el niño encima de una manta con objetos para que se entretenga y al instante tiene que levantarse uno aprisa para evitar que tire el teléfono o el cenicero que está en la mesita. A esta edad es el momento de tener preparada una habitación o un rincón rodeado por sillas o el sofá; allí puede moverse a placer, ponerse de pie con ayuda de la silla o la pared.

Todo le sirve al niño para jugar: cucharas, tapas, platos, frascos de plástico, ollas viejas para hacer ruido, trozos de lienzo, cajas vacías, colores y papel. Ya el niño comienza a garrapatear. Juguetes para arrastrar o empujar son los más apropiados ya que favorecen los impulsos motores, revistas para romper, tarjetas con ilustraciones. Música suave y lecturas en voz alta cuando el niño debe estar tranquilo, después de la comida o la cena.

Sí, no, mío, mío, mío

La etapa que va de los dos a los tres años es muy interesante; en ella se cimienta toda la personalidad de un individuo. Es la edad de la autoafirmación del yo por excelencia.

Es frecuente encontrar a Mónica y a Agustín enfadados, coléricos, haciendo juegos de palabras con el NO y el SÍ, o con el MÍO, MÍO, MÍO. Uno dice: "Papá, es mío". "No, es mío", contesta el otro.

Un día de vacaciones, en mi pueblo, estaba la familia viendo, después de comer, la televisión; los niños mayores estaban acostados en el piso de arriba, cuando oímos unos llantos y gritos. Mis padres, que hace ya tiempo que pasaron por estas experiencias, me instaban a subir para ver lo que pasaba; pero darles satisfacción subí y me encontré a Teté (tres años, para con un poco de retraso) llorando porque Marisa —ésta tranquila— no quería compartir con ella la tercera bola que había en la cabecera de la vieja cama. Había iniciado el juego Teté. "Esta es mía". Marisa "Esta es mía". Teté "Esta es mía". Marisa "No, es mía". "No, es mía". Y así llevaban un cuarto de hora, con los gritos en crescendo, hasta las lágrimas.

En esta edad (dos a tres años) se manifiesta un afán de posesión y destrucción. Se inicia algún intento de juego en grupo. Si es con objetos, el juego dura poco y termina casi siempre en llanto. Quitarse los juguetes es una forma negativa de relación social.

Pompas de jabón, juegos con arcilla, papel y colores, pegar papeles y también romperlos. Se puede orientar este impulso iniciando al niño en el recorte de figuras. También les encanta a los niños redescubrir los juguetes viejos; es una forma de recuperar la seguridad perdida o en peligro, ante nuevos aprendizajes o de rebajar la tensión ante el miedo de no ser capaz. Rompecabezas caseros. Enseñarle a los niños (a partir de los tres años) a construir sus propios juegos, álbumes, rompecabezas, convertir cajas en coches, etc.

Paseos, excursiones cortas, lectura en voz alta, música; actividades éstas que sirven para iniciar hábitos de observación y atención, al mismo tiempo que equilibrar la tensión propia de esta etapa que va de los dos a los tres años.

Yo me caso con Teté

Dice Marisa: "Papá, yo me caso con Teté". Imitación y comprensión, a través del juego, de relaciones adultas. Se inician a partir de los tres y cuatro años las relaciones sociales que encuentran en el juego dramático un campo de ensayo interesante. Imitan papeles adultos, actividades, oficios, relaciones. "También yo puedo hacer esto". Juegos de construcción con manipulación de objetos, donde se acepta la participación y ayuda: "Teté, aguanta esta pared de la casa". La pared es un cojín; después la casa se convierte en tienda: "Yo soy la tendera y Teté viene a comprar —explica Marisa—. ¿Señorita qué quiere comprar?"

Esto ocurre de los tres a los seis años. Contradicciones y tendencias regresivas: volver a ser niño para no sentir la responsabilidad de tener que ir a la escuela (en algunos casos) o frente a mayores exigencias de parte de los adultos. Miedo a perder la libertad espontánea al penetrar en un mundo disci-

rio escolar y aceptar unas reglas impuestas, vigiladas y sancionadas por el adulto.

Salidaridad con los compañeros de clase. Cuentan con satisfacción en casa anécdotas de sus compañeros de colegio y de Mari Carmen "que es mi amiguita". Comienzan a distinguir a las personas de las cosas; no es lo mismo tener un lápiz que una amiga. Aunque es fácil ver a niños introvertidos con deseos de posesión convertir al amigo en una cosa. Proyección de ansias de poder o de afecto no satisfechas hacia algún compañero. No es base para una sociabilidad abierta y positiva.

Clasificación de objetos y creaciones imaginativas. Juegos de imitación con disfraces, títeres. Afición a cuidar plantas, animalitos. Esto último se perfecciona a partir de los seis años especialmente a los ocho y nueve, en los que el niño tiende a caer en una cierta introversión.

A partir de los 10-12 años comienza otro proceso de socialización semejante al adolescente, antesala de la socialización adulta.

Juguetes prefabricados

Hasta aquí, todos los juguetes y juegos comentados no exigen gasto alguno. Carlitos es tan feliz tirando de la caja de cartón que le preparó Rosita como de un camión automático con piezas de recambio y muy caro.

La sociedad de consumo y el ansia de comercialización se introdujo también en el mundo sagrado y fantástico de los niños. Vemos todos los días a personajes populares presentando en la pantalla juguetes. Pocos de estos juguetes resistirían un examen pedagógico respecto a sus características formativas y de creatividad.

Recuerdo una anécdota que puede ilustrar este apartado. Cuando yo tenía cinco o seis años, los Reyes Magos me trajeron una motocicleta con un policía montado. Se le daba cuerda y daba vueltas alrededor. Un juguete semiautomático. A mi hermano, tres años mayor, un camión tirado de un cordel. Sin duda que mi juguete era bastante más caro que el camión, pero sólo servía para ser contemplado, darle cuerda exigía mayor destreza que la que yo tenía. En cambio, el camión servía para tirar de él, para cargarlo, descargarlo, para andar por la arena, etc. Mi hermano, que ya no estaba en edad de tirar de camiones, quería cambiar su juguete por el mío, pero no podíamos hacerlo. Quedaría en entredicho la ignorancia de tan importantes señores. Lleno de rabia le pegué un puntapié a mi policía montado en moto y no volvió a andar más. De acuerdo con los vaticinios de mis padres, después de la correspondiente regañina, los Reyes Magos se enfadarían conmigo y no me volverían a traer nada...

ACTIVIDADES ESCUELA DE PADRES PM

La "discusión dirigida" puede centrarse en estos puntos:

1. ¿Cuáles son los juguetes que tienen sus hijos? ¿Cómo los utilizan?
2. ¿Cuáles son los juegos que realizan sus hijos?
3. ¿Qué rasgos de la personalidad de sus hijos han captado observándolos en sus juegos? (Observen a sus hijos mientras juegan.)
4. ¿Qué problemas les plantea la elección de los juguetes de sus hijos?

niños a tan temprana edad en unos consumidores más. Cosa que parece inevitable, ya que nosotros mismos les transferimos esa actitud; y si no ya se encargan suficientemente los medios de comunicación, especialmente la TV. Por otra parte tampoco quiero ser injusto con los esfuerzos y competencia con que muchos industriales se han dedicado a la fabricación del juguete. Existen buenos y variados juguetes en el mercado hoy en día. El problema estriba en saber elegir los que son educativos y más apropiados para el hijo.

Puede servirnos para ello, la clasificación que nos brinda Bublér:

1º Juguetes proyectados para el movimiento y la provisión de actividad motora, en orden a estimular el desarrollo muscular del niño. Son muy apropiados para los primeros años de la infancia. Satisfechen a aquellos niños que, como Marisita y Agustín, son somatotónicos, y favorecen el desarrollo de aquellos que, como Teté y Mónica, son débiles de músculos y huesos o también a los que presentan tendencias a la pasividad y a la pereza.

2º Juguetes adecuados para el juego constructivo y creador, cuya utilización señala el comienzo de la conquista del niño sobre las cosas que le rodean.

Son los preferidos de los cerebrotónicos e introvertidos, pero ayudan a aquellos niños que se aburren, y a los que, como Agustín, no pueden estarse quietos ni un instante. También son provechosos para los niños con ansia de dominación, ya que proyectan esos impulsos de forma positiva, hacia los juguetes. Corresponden a edades posteriores a los tres años; si son sencillos también son aptos para edades inferiores.

3º Juguetes que se prestan a la acción dramática, la ficción y el juego imitativo y que capacitan al niño para penetrar en el mundo de la fantasía, en un intento de comprender las actividades de aquellos que viven a su alrededor.

Estos juegos hacen las delicias de los viscerotónicos, dados a las relaciones sociales, y son propios en general para todos los niños que pasan de los tres y cuatro años, en especial para los de edades comprendidas entre los seis y ocho años.

Terminemos diciendo que más importante que regalar muchos juguetes a nuestros hijos es jugar con ellos y enseñarles a jugar, si es que realmente sabemos. Los niños no se preocupan de la cantidad de sus juguetes, ni de si son caros o no. Sólo gozan de ellos cuando son prácticos y educativos.

Mira y López dice que no tener juguetes (o tenerlos pobres en recursos educativos) frena el desarrollo del niño, pero tener muchos juguetes y muy complejos puede inhibir o retrasar su crecimiento. Esta afirmación coincide plenamente con la de Rosita, la pequeña maestra, que enseñó a jugar a mis hijos.

José Romero Lojo